

El arte de la guerra en la era napoleónica

Juan Miguel Teijeiro de la Rosa
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de diciembre de 2021



La revolución de las colonias americanas y la posterior francesa supusieron un antes y un después en el arte de la guerra representativo del siglo XVIII; pero a su vez la aparición del fenómeno napoleónico trajo determinados elementos nuevos que lo hicieron singular en la evolución de dicho arte.

La etapa presidida por las guerras napoleónicas y la expansión imperialista francesa sólo puede entenderse si se parte de las circunstancias sociopolíticas que vivió Francia al culminar el siglo XVIII. El papel del ejército como columna vertebral de una República que a él debía su subsistencia, como consecuencia de las guerras que se había visto obligada a mantener frente a las fuerzas del Antiguo Régimen, había convertido a sus generales en los nuevos héroes populares. La misma Francia se había

transformado en un régimen militarista que pasó a controlar la vida del país y los propios valores de la revolución. De ahí a la dictadura militar solo faltaba dar un paso, el que dio un inteligente artillero que ya comenzaba a ser famoso. No son muchos a lo largo de la historia militar los momentos en que la personalidad de un hombre concite a su alrededor todo el discurso de la guerra, y ello sin que se hubieran producido innovaciones tecnológicas en el armamento, y que aún las estrategias y tácticas hayan sido consideradas como de valor relativo.

Ciertamente el volumen de los ejércitos que manejó Napoleón era desconocido hasta entonces, y no se volvió a repetir en mucho tiempo. En 1806 ya enfrentaba contra los prusianos cerca de 200.000 hombres, cifra aún pequeña si se tiene en

cuenta los 600.000 que reunió para la campaña de Rusia. Fue ésta una nueva forma de guerra que exigió una contrapartida similar por parte de las coaliciones que hubieron de formarse contra él; piénsese en los 600.000 soldados de diferentes países que invadieron Francia en 1815 y en los 250.000 que bajo unas y otras banderas combatieron en Waterloo. La habilidad de Napoleón para mover y maniobrar esas masas de hombres, y para conseguir con ellos los resultados estratégicos apetecidos está fuera de toda duda, y fue una clara innovación.

También lo fue la agilidad que supo imprimir a la maniobra, y el formidable impulso ofensivo, la agresividad de que dotó a sus tropas, la voluntad de destrucción del enemigo en una guerra total; pero todo ello más que representar una innovación en las doctrinas tácticas ya conocidas, lo que hizo fue demostrar un perfecto conocimiento de las mismas y una inteligencia singular en su aplicación a la vista de las circunstancias de cada momento. Lo que ciertamente le hizo destacar por encima del resto de los generales de su época fue la utilización de factores psicológicos y propagandísticos que mantuvieron durante años la moral de sus tropas, y con frecuencia minaron la de sus enemigos.

Sobre los cimientos militares y sociales del ejército republicano Napoleón levantó su *Grande Armée*. Sus oficiales y sus generales fueron extraídos de los mismos estratos que venían siéndolo ya con anterioridad en Francia. Sus perspectivas de ascenso hasta los puestos más elevados a la vista de su capacidad y eficacia militar fueron, no obstante, relevantes. El servicio militar obligatorio se mantuvo, pero la sucesión ininterrumpida de las campañas y la dureza de la guerra dio lugar a un progresivo retraimiento del voluntariado, y a la necesidad de recurrir de nuevo, en contra de los principios de la revolución, a fuerzas extranjeras. Primero fueron simples regimientos y pequeñas unidades, como la «legión polaca», pero luego, a medida que el Imperio fue extendiendo sus fronteras, se incorporaron ejércitos de los países aliados y feudatarios. El problema vino del hecho de que la necesidad de más y más efectivos obligó a Napoleón a rellenar las bajas de los veteranos de Austerlitz y Jena con tropas bisoñas.

El ejército napoleónico estuvo organizado en cuerpos de ejército y divisiones, cada uno de ellos con la suficiente autonomía de fuerza para que pudieran desplazarse sin riesgo por rutas separadas, aunque no a más de una jornada de distancia unas de otras para el caso de precisar ayuda. Su armamento, como el del resto de los ejércitos europeos, seguía siendo, con pocas diferencias, el que se había venido conociendo durante las décadas anteriores. La infantería continuaba apoyándose en el tradicional mosquete de chispa y ánima lisa, complementado con la bayoneta. El rifle, a pesar de su relativo uso en la guerra de la independencia de los Estados Unidos, había demostrado más desventajas que ventajas por su lentitud de carga, su mayor coste y por no llevar incorporada la bayoneta. Por su parte, el mosquete

seguía teniendo un alcance muy limitado, y el tiempo lluvioso, al humedecer su cebo, lo inutilizaba como arma de fuego; todo ello condicionaba su empleo táctico.



Napoleón en la batalla de Austerlitz, por F. Gérard

La caballería se había ido desprendiendo paulatinamente de sus armas de fuego, pasando a apoyarse casi exclusivamente en el sable y la lanza. Esta última había caído en desuso desde el siglo XVII; sin embargo, persistía en los ejércitos del Este de Europa con los ulanos austriacos, los cosacos rusos y, sobre todo, los lanceros polacos, usados todos ellos como unidades de caballería ligera para el reconocimiento y la persecución del enemigo. También la lanza podía enfrentarse con éxito frente a la caballería pesada, y aún contra la infantería si los jinetes tenían oportunidad de hacer una carga de flanco, y ello durante los primeros momentos de la carga; aunque, pasados éstos, y metido el lancero en la masa combatiente, entraba en franca desventaja. Por el contrario, si la infantería tenía sus mosquetes inutilizados por la lluvia y solo podía oponer las bayonetas, las unidades de lanceros podían destrozar las formaciones enemigas. Por esas razones varios países, y desde luego la *Grande Armée*, utilizaron durante las guerras napoleónicas dichas unidades con gran eficacia, como se demostró en las batallas de Dresde y Albuera, o en la famosa carga de los lanceros polacos en Somosierra.

La mayor novedad se introdujo en la artillería francesa al reducir el tamaño de los cañones, haciéndolos así más manejables, y al conseguir un mayor diseño de los carros de transporte. Calibres más pequeños, de 4, 8 y 12 libras, mejoras en las técnicas de horadación del ánima, reduciendo la holgura del proyectil, y la promoción de la artillería montada favorecieron la efectividad del arma. La cadencia de disparo era de casi uno por minuto, y su alcance oscilaba entre los 400 y 600 metros. Se empleó, sobre todo, el tiro de metralla sobre la infantería, con cajas de

explosivos que estallaban al tocar el suelo abriendo grandes brechas en sus formaciones. Dado su mayor alcance, la artillería disparaba fuera del límite de los mosquetes y, una vez que conseguía desorganizar al enemigo, daba paso a la infantería propia o la caballería.

Con independencia de lo anterior, Napoleón dio excepcional valor a la que iba a ser su reserva táctica: La Guardia Imperial. Dio también singular importancia a la administración de su ejército, que tenía a su cargo, además de los servicios de caudales y contabilidad, los de personal, semovientes, vestuario, equipos, hospitales, el importante servicio de postas, la imprenta y la fuerza pública. Un autor contemporáneo manifestaba que dicha administración «llegó a tan alto grado de precisión en el servicio, y de perfección en su organismo y resultados, que [...] podía considerarse como el tipo y modelo de la administración de los ejércitos europeos». En cuanto a su financiación, fueron las requisas en los territorios ocupados y los impuestos exigidos a los países aliados y conquistados los que alimentaron con recursos extraordinarios a la Hacienda francesa. En todo caso, entendía el curso que la guerra debía alimentarse a sí misma, y que las tropas debían abastecerse sobre el terreno.

Por el contrario, la marina francesa no experimentó ningún avance considerable sobre lo que era a final del siglo XVIII. Desde la derrota infligida por la armada inglesa en Abükir, y dejando a un lado planes, prontamente olvidados, de invasión de Gran Bretaña, el despliegue militar de Napoleón tuvo lugar esencialmente en tierra. A ello contribuyó sin duda el episodio de Trafalgar.

Los analistas llevan dos siglos desmenuzando sus planes estratégicos y la aplicación práctica de los mismos. Ya se ha indicado que más que modificar las tácticas clásicas, lo que hizo fue aplicarlas con mayor flexibilidad e intensidad. Repetiremos que la movilidad y la agresividad fueron sus dos columnas vertebrales, y a partir de ellas diseñó una táctica que, después de ablandar las filas enemigas con el fuego de la artillería y buscar el punto más débil, consistía en asestar sobre ellas con la infantería toda la fuerza de su golpe, utilizando como último recurso la de su Guardia, y, finalmente, desorganizar al oponente, derrotarlo y, si fuera posible, destruirlo con la carga de la caballería.

Frente a esta máquina de guerra solo se oponían ejércitos de características tradicionales coaligados contra Francia, de los que cabe destacar el inglés. Si Inglaterra vivió las guerras napoleónicas a distancia, fue, sin embargo, el alma de esta coalición. El ejército inglés, a pesar de contar con un reducido número de hombres, constituía una fuerza eficaz, si bien no comparable con su marina en cuanto a experiencia en el combate, capacidad de sus mandos y disciplina de sus tropas. Fue usual entre sus generales una táctica defensiva. Según un resumen

que de ella hacía un contemporáneo consistía en lo siguiente: Las tropas formaban en línea sobre una colina antes de la batalla. La primera línea a mitad de la ladera, la segunda en la cima, los cazadores en la base, la artillería en el anfiteatro y la caballería preparada, pero a cubierto. En contra del sistema napoleónico de columna disponían la infantería en líneas de dos filas. La segunda línea se situaba detrás de la cima, invisible al enemigo. Cuando las columnas enemigas cansadas, diezmadas y desordenadas lograban alcanzar la altura, esta segunda fila, fresca, hacía una descarga a quemarropa, y bajaba cargando a la bayoneta. Intervenía entonces la caballería para desorganizar las fuerzas atacantes, y para que, bajo su protección y la de la segunda línea, se reorganizase la primera que había sido arrollada en el primer momento.

En Waterloo Wellington empleó la táctica del cuadro, que luego se repetiría con frecuencia en las guerras del siglo XIX. Consistía en una formación muy cerrada, casi hombro con hombro, con dos o tres líneas de fuego muy cercanas unas a otras. Mientras una se agachaba para cargar, otra de pie hacía fuego. El general inglés formó sus cuadros concentrando con ellos el fuego, y aguantando el ataque francés hasta que la llegada del ejército prusiano en su ayuda permitió la victoria aliada.

La armada británica, muy superior a las de los restantes países, seguía nutriéndose de hombres siguiendo procedimientos tradicionales. Su número de efectivos en 1813, cerca de 130.000 hombres, era muy superior al del ejército. Después de Trafalgar, y durante el resto del período napoleónico, su función, a falta de importantes combates navales, fue la de bloquear los puertos del enemigo, impedir el tráfico comercial y proteger el suyo propio. La capacidad técnica de sus mandos era indiscutible. En cuanto a sus tácticas no habían variado desde las últimas décadas, salvo en la ruptura de la línea enemiga, tras la cual procuraban acercarse mucho al navío contrario para disparar sobre él al casco, habiendo conseguido una cadencia de disparos cada dos minutos.

En los ejércitos de Austria, Rusia y España no se produjeron durante este período significativos cambios. El ejército prusiano se vio obligado a introducir algunas reformas para hacer frente a la tormenta guerrera que le llegaba de Francia, aunque no con la rapidez y profundidad que hubieran deseado algunos como Clausewitz. Los reformadores militares no encontraban demasiado eco en mentalidades muy apegadas a la tradición. En nuestro país, a pesar de que cabría estimar que se trataba de una oficialidad fogueada por la guerra de los Pirineos contra la Convención, y que las Milicias Provinciales habían alcanzado un grado de eficacia parejo con el de la infantería de línea, lo cierto es que sus mandos adolecían de una formación anticuada, y que las tropas no contaban con una buena instrucción y estaban mal pertrechadas. La marina estaba prácticamente desaparecida después de Trafalgar. La novedad significativa que aportó España en su guerra de

Independencia fue la aparición de la guerrilla. A pesar de la relevancia que su papel -30.000 o 40.000 hombres que se echaron al campo- jugó en la literatura de dentro y fuera de nuestras fronteras, debe ser considerada sólo como una fuerza auxiliar, importante sin duda, del ejército regular.

Anclados aún mentalmente en el Antiguo Régimen, todos estos ejércitos seguían siendo «ejércitos del rey», más que ejércitos nacionales. Sin embargo, la mentalidad revolucionaria y la idea del ciudadano-soldado que las tropas napoleónicas portaban en sus mochilas hizo mella de alguna manera en estos últimos países, dando lugar al surgimiento de una conciencia nacional y un espíritu patriótico que llevó a sus hombres a incorporarse voluntariamente a una lucha por la liberación de su país. Sin duda esto fue un elemento clave en la definitiva derrota de Napoleón.